



Libros

El jardín de las desdichas

Juan Carlos Onetti: Cuentos completos. — La fraternidad entre la vida y la obra de Onetti es quizás única en la literatura de América latina. Este personaje triste y esquivo que anda por las calles de Montevideo, sorprendiéndose de que lo caigan en cuenta, de que su historia seca y deshabitada despierte curiosidad en la gente, ha logrado que sus ficciones sean la réplica exacta de su ser: aglomeraciones enjambres de palabras que forman, unidas, junto a otras, sus poros, su sueño escaso, su máquina de escribir, su male, la tranquila avechura de su vida.

Nadie como él hubiera podido escribir esas ceremonias de culpa que adigen a sus criaturas, describir esos paisajes interiores que no acaban de descomponerse, marcar los momentos en que los hombres oligen el camino equivocado, aquel que los perjudica a los lleva hacia ninguna parte. Nadie, tampoco, podría hablar, con tanto desdén y asco (o secreta pena) de los personajes menos novelescos que habitan las dos orillas del Río de la Plata, sin permitirle enriquecerlos con un golpe de imaginación, sin concederles perdón o compensaciones. Todo lo que hace es adelantarlos en los sórdidos glóbulos de desamor donde los vio por primera vez, en sentir tanta ajena desgracia como si le perteneciera. Onetti es Díaz Grey, Braunstein, el adolescente Bob, el Caballero de la Rosa y la Virgen encinta que vino de Liliput; es la Santa María que inventó minuciosamente con sus calles, sus plazas, sus bares y su astillero podrido. La lectura de la obra entera de Onetti, desde El poro hasta Juntos, codéveres es un acto de vampirismo: la comida ritual —por parte de cada uno de los lectores— de un autor terriblemente angélico.

¿Cómo ha podido Onetti, con elementos que parecen tan pobres cuando

se los mira desde afuera, erigir una de las más espléndidas obras narrativas de América? ¿Cómo ha conseguido anidar, con una materia que es la Nada, una fabulosa teogonía sin Dios; una ciudad —la suya, Santa María— donde el Apocalipsis parece discurrir manifiestamente, disfrazado de tedio? Quizá toda la respuesta esté en dos de sus cuentos, tres a lo sumo, en los que no hay salientes ni rebases, y donde ningún personaje se atreve a gritar: el lector camina en ellos como por un Sahara sin sol, ni sod ni saleros, sólo sintiéndose a sí mismo, en el desmayo y atroz acto de caminar.

Uno es "La cara de la desgracia", publicado como volumen suelto en 1962 e incorporado después a su libro *Tan triste como ésta* (1983); el otro, de nombre mágico y desarrollo misterioso, es "Historia del Caballero de la Rosa y de la Virgen encinta que vino de Liliput", incluido en *El infierno con ternura* (1962). Nada de lo que pasa en los dos relatos puede facilitar al lector las escondidas, alambicadas claves que Onetti desliza en una línea, en un párrafo, en una observación suelta, todas escritas con el mismo tono, como para que sea otro, y no él, Onetti, quien preste a los actos de los personajes sus cuantos de sentimentalismo y de agnía.

Estos son los esqueletos, sin embargo: en "La cara", un hombre, el narra-



Circa 1947: *Tan triste.*



1960, en su taller: *Los adioses.*

dor, se siente culpable por el suicidio de su hermano, cajero de una cooperativa, a quien (cree) incitó a cometer un suicidio. Es el fin del verano, en una playa, y se siente tocado por una muchacha de 18 años, a la que ve desde lejos. La sigue, "bajo la exagerada luna", y consigue de ella "dos cosas que no había merecido nunca: su cara doblada por el llanto y la felicidad bajo la luna, la reterea desconcertante de que no habían entrado antes en ella". El amor por la muchacha lo resuelve. Luego satrá, al mismo tiempo, que su hermano se suicidó por razones que le son ajenas, y que la chica ha muerto esa mañana. Detenido por la policía, acepta firmar cualquier declaración, aun sabiéndose inocente de cualquier culpa. El final es un misterio infinito y a la vez cristiano: el narrador pregunta al policía si cree en Dios; el policía responde que la tiberia era sorda. Todas esas claves crudas, que quizá sostengan la inutilidad de la vida humana sobre la Tierra (puesto que el amor es destrucción, alie perpetuamen-

El jardín de las delicias [artículo] T. E. M.

Libros y documentos

AUTORÍA

T. E. M.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El jardín de las delicias [artículo] T. E. M.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile